

## VI

Más y más pormenores referentes  
á esta ilustre familia.

## I

Pasaban meses, pasaban años, y en aquella dichosa casa todo era paz y armonía. No se ha conocido en Madrid familia mejor avenida que la de Santa Cruz, compuesta de dos parejas; ni es posible imaginar una compatibilidad de caracteres como la que existía entre Barbarita y Jacinta. He visto juntas muchas veces á la suegra y á la nuera, y por Dios que se manifestaba muy poco en ellas la diferencia de edades. Barbarita conservaba á los cincuenta y tres años una frescura maravillosa, el talle perfecto y la dentadura sorprendente. Verdad que tenía el cabello casi enteramente blanco; el cual más parecía empolvado conforme al estilo Pompadour que encanecido por la edad. Pero lo que la hacía más joven era su afabilidad constante, aquel sonreír gracioso y benévolo con que iluminaba su rostro.

De veras que no tenían por qué quejarse de su destino aquellas cuatro personas. Se dan casos de individuos y familias á quienes Dios no

les debe nada, y, sin embargo, piden y piden. Es que hay en la naturaleza humana un vicio de mendicidad; eso no tiene duda. Ejemplo, los de Santa Cruz, que gozaban de salud cabal, eran ricos, estimados de todo el mundo y se querían entrañablemente. ¿Qué les hacía falta? Parece que nada. Pues alguno de los cuatro pordioseaba. Es que cuando un conjunto de circunstancias favorables pone en las manos del hombre gran cantidad de bienes, privándole de uno solo, la fatalidad de nuestra naturaleza ó el principio de descontento que existe en nuestro barro constitutivo le impulsan á desear precisamente lo poquito que no se le ha otorgado. Salud, amor, riqueza, paz y otras ventajas no satisfacían el alma de Jacinta; y al año de casada, más aún á los dos años, deseaba ardientemente lo que no tenía. ¡Pobre joven! Lo tenía todo, menos chiquillos.

Esta pena, que al principio fué desazón insignificante, impaciencia tan sólo, convirtiéndose pronto en dolorosa idea de vacío. Era poco cristiano, al decir de Barbarita, desesperarse por la falta de sucesión. Dios, que les diera tantos bienes, habiales privado de aquel. No había más remedio que resignarse, alabando la mano del que lo mismo muestra su omnipotencia dando que quitando.

De este modo consolaba á su nuera, que más le parecía hija; pero allá en sus adentros desea-



ba tanto como Jacinta la aparición de un muchacho que perpetuase la casta y les alegrase á todos. Se callaba este ardiente deseo por no aumentar la pena de la otra; mas atendía con ansia á todo lo que pudiera ser sintoma de esperanzas de sucesión. ¡Peró quiá! Pasaba un año, dos, y nada; ni aun siquiera esas presunciones vagas que hacen palpar el corazón de las que sueñan con la maternidad, y á veces les hacen decir y hacer muchas tonterías.

«No tengas prisa, hija—decía Barbarita á su sobrina.—Eres muy joven. No te apures por los chiquillos, que ya los tendrás y te cargarás de familia, y te aburrirás como se aburrió tu madre, y pedirás á Dios que no te dé más. ¿Sabes una cosa? Mejor estamos así. Los muchachos lo revuelven todo y no dan más que disgustos. El sarampión, el garrotillo... ¡Pues nada te quiero decir de las amas!... ¡qué calamidad!... Luego estás hecha una esclava... Que si comen, que si se indigestan, que si se caen y se abren la cabeza. Vienen después las inclinaciones que sacan. Si salen de mala índole... si no estudian... ¡qué sé yo!...»

Jacinta no se convencía. Quería canarios de alcoba á todo trance, aunque salieran raquíticos y feos; aunque luego fueran traviesos, enfermos y calaveras; aunque de hombres la mataran á disgustos. Sus dos hermanas mayores parían todos los años, como su madre. Y ella nada, ni

esperanzas. Para mayor contrasentido, Candelaria, que estaba casada con un pobre, había tenido dos de un vientre. ¡Y ella, que era rica, no tenía ni siquiera medio!... Dios estaba ya chocho sin duda.

Vamos ahora á otra cosa. Los de Santa Cruz, como familia respetabilísima y rica, estaban muy bien relacionados y tenían amigos en todas las esferas, desde la más alta á la más baja. Es curioso observar cómo nuestra edad, por otros conceptos infeliz, nos presenta una dichosa confusión de todas las clases, mejor dicho, la concordia y reconciliación de todas ellas. En esto aventaja nuestro país á otros, donde están pendientes de sentencia los graves pleitos históricos de la igualdad. Aquí se ha resuelto el problema sencilla y pacíficamente, gracias al temple democrático de los españoles y á la escasa vehemencia de las preocupaciones nobiliarias. Un gran defecto nacional, la empleomanía, tiene también su parte en esta gran conquista. Las oficinas han sido el tronco en que se han injertado las ramas históricas, y de ellas han salido amigos el noble tronado y el plebeyo ensoberbecido por un título universitario, y de amigos, pronto han pasado á parientes. Esta confusión es un bien, y gracias á ella no nos aterra el contagio de la guerra social, porque tenemos ya en la masa de la sangre un socialismo atenuado é inofensivo. Insensiblemente,



con la ayuda de la burocracia, de la pobreza y de la educación académica que todos los españoles reciben, se han ido compenetrando las clases todas, y sus miembros se introducen de una en otra, tejiendo una red espesa que amarra y solidifica la masa nacional. El nacimiento no significa nada entre nosotros, y todo cuanto se dice de los pergaminos es conversación. No hay más diferencias que las esenciales, las que se fundan en la buena ó mala educación, en ser tonto ó discreto, en las desigualdades del espíritu, eternas como los atributos del espíritu mismo. La otra determinación positiva de clases, el dinero, está fundada en principios económicos tan inmutables como las leyes físicas, y querer impedirla viene á ser lo mismo que intentar beberse la mar.

Las amistades y parentescos de las familias de Santa Cruz y Arnáiz pueden ser ejemplo de aquel feliz revoltijo de las clases sociales; mas, ¿quién es el guapo que se atreve á formar estadística de las ramas de tan dilatado y laberíntico árbol, que más bien parece enredadera, cuyos vástagos se cruzan, suben, bajan y se pierden en los huecos de un follaje densísimo? Sólo se puede intentar tal empresa con la ayuda de Estupiñá, que sabe al dedillo la historia de todas las familias comerciales de Madrid, y todos los enlaces que se han hecho en medio siglo. Arnáiz el gordo también se pirra por hablar de

linajes y por buscar parentescos, averiguando orígenes humildes de fortunas orgullosas, y haciendo hincapié en la desigualdad de ciertos matrimonios, á los cuales, en rigor de verdad, se debe la formación del terreno democrático sobre que se asienta la sociedad española. De una conversación entre Arnáiz y Estupiñá han salido las siguientes noticias:

## II

Ya sabemos que la madre de D. Baldomero Santa Cruz y la de Gumersindo y Barbarita Arnáiz eran parientes y venían del Trujillo extremeño y albartero. La actual casa de banca *Trujillo y Fernández*, de una respetabilidad y solidez intachables, procede del mismo tronco. Barbarita es, pues, pariente del jefe de aquella casa, aunque su parentesco resulta algo lejano. El primer conde de Trujillo está casado con una de las hijas del famoso negociante Casaredonda, que hizo colosal fortuna vendiendo fardos de *Coruñas* y *Viveros* para vestir á la tropa y á la Milicia Nacional. Otra de las hijas del marqués de Casaredonda era duquesa de Gravelinas. Ya tenemos aquí perfectamente enganchadas á la aristocracia antigua y al comercio moderno.

Pero existe en Cádiz una antigua y opulenta familia comercial que sirvió como ninguna



para enredar más la madeja social. Las hijas del famoso Bonilla, importador de pañolería y después banquero y extractor de vinos, casaron: la una con Sánchez Botín, propietario, de quien vino la generala Minio, la marquesa de Tellería y Alejandro Sánchez Botín; la otra con uno de los Morenos de Madrid, co-fundador de los Cinco Gremios y del Banco de San Fernando, y la tercera con el duque de Trastámara, de donde vino Pepito Trastámara. El hijo único de Bonilla casó con una Trujillo.

Pasemos ahora á los Morenos, procedentes del valle de Mena, una de las familias más dilatadas y que ofrecen más desigualdades y contraste en sus infinitos y desparramados miembros. Arnáiz y Estupiñá disputan, sin llegar á entenderse, sobre si el tronco de los Morenos estuvo en una droguería ó en una peletería. En esto reina cierta obscuridad, que no se disipará mientras no venga uno de estos averiguadores fanáticos que son capaces de contarle á Noé los pelos que tenía en la cabeza y el número de *eses* que hizo cuando cogió la primera *pitima* de que la historia tiene noticia. Lo que sí se sabe es que un Moreno casó con una Isla-Bonilla á principios del siglo, viniendo de aquí la Casa de giro que del 19 al 35 estuvo en la subida de Santa Cruz junto á la iglesia, y después en la plazuela de Pontejos. Por la misma época hallamos un Moreno en la Magistratura, otro en la Armada, otro

en el Ejército y otro en la Iglesia. La Casa de banca no era ya *Moreno* en 1870, sino *Ruiz-Ochoa y Compañía*, aunque uno de sus principales socios era D. Manuel Moreno-Isla. Tenemos diferentes estirpes del tronco remotísimo de los Morenos. Hay los Moreno-Isla, los Moreno-Vallejo y los Moreno-Rubio, ó sea los Morenos ricos y los Morenos pobres, ya tan distantes unos de otros, que muchos ni se tratan ni se consideran afines. Castita Moreno, aquella presumida amiga de Barbarita en la escuela de la calle Imperial, había nacido en los Morenos ricos y fué á parar, con los vaivenes de la vida, á los Morenos pobres. Se casó con un farmacéutico de la interminable familia de los Samaniegos, que también tienen su puesto aquí. Una joven perteneciente á los Morenos ricos casó con un Pacheco, aristócrata segundón, hermano del duque de Gravelinas, y de esta unión vino Guillermina Pacheco á quien conoceremos luego. Ved ahora cómo una rama de los Morenos se mete entre el follaje de los Gravelinas, donde ya se engancha también el ramajo de los Trujillos, el cual venía ya trabado con los Arnáiz de Madrid y con los Bonillas de Cádiz, formando una maraña cuyos hilos no es posible seguir con la vista.

Aún hay más. D. Pascual Muñoz, dueño de un acreditadísimo establecimiento de hierros en la calle de Tintoreros, progresista de inmen-



so prestigio en los barrios del Sur, verdadera potencia electoral y política en Madrid, casó con una Moreno de no sé qué rama, emparentada con Mendizábal y con Bonilla, de Cádiz. Su hijo, que después fué marqués de Casa-Muñoz, casó con la hija de Albert, el que daba la cara en las contratas de paños y lienzos con el Gobierno. Eulalia Moreno, hija también del don Pascual y hermana del actual marqués, se unió á D. Cayetano Villuendas, rico propietario de casas, progresista rancio. Dejemos sueltos estos cabos para tomarlos más adelante.

Los Samaniegos, oriundos, como los Morenos, del país de Mena, también son ciento y la madre. Ya sabemos que la hija segunda de Gumersindo Arnáiz, hermana de Jacinta, casó con Pepe Samaniego, hijo de un droguista arruinado de la Concepción Jerónima... Hay muchos Samaniegos en el comercio menudo, y leyendo el instructivo libro de los rótulos de tiendas, se encuentra la *Farmacia de Samaniego* en la calle del Ave María (cuyo dueño era el marido de Castita Moreno), y la *Carnicería de Samaniego* en la de las Maldonadas. Sin rótulo hay un Samaniego prestamista y medio curial, otro cobrador del Banco, otro que tiene tienda de sedas en la calle de Botoneras, y por fin, varios que son horteras en diferentes tiendas. El Samaniego agente de Bolsa es primo de éstos.

La hija mayor de Gumersindo Arnáiz se casó

con Ramón Villuendas, ya viudo con dos hijos, célebre cambiante de la calle de Toledo, la casa de Madrid que más trabaja en el negocio de moneda. Un hermano de éste casó con la hija de la viuda de Aparisi, dueño de la camisería en que fué dependiente Pepe Samaniego. El tío de ambos, D. Cayetano Villuendas, progresistón y riquísimo casero, era el esposo de Eulalia Muñoz, y su gran fortuna procedía del negocio de curtidos en una época anterior á la de Céspedes. Ya se ató el cabo que quedara pendiente poco ha.

Ahora se nos presentan algunos ramos que parecen sueltos y no lo están. ¿Pero quién podrá descubrir su misterioso enlace con los revueltos y cruzados vástagos de esta colosal enredadera? ¿Quién puede indagar si Dámaso Trujillo, el que puso en la Plaza Mayor la zapatería *Al ramo de azucenas*, pertenece al genuino linaje de los Trujillos antes mencionados? ¿Cuál será el averiguador que se lance á poner en claro si el dueño de *El Buen gusto*, un tenducho de mantas de la calle de la Encomienda, es pariente indudable de los Villuendas ricos? Hay quien dice que Pepe Moreno Vallejo, el cordelero de la Concepción Jerónima, es primo hermano de D. Manuel Moreno-Isla, uno de los Morenos que atan perros con longaniza; y se dice que un Arnáiz, empleado de poco sueldo, es pariente de Barbarita. Hay un Muñoz y Aparisi, tripicallero



en las inmediaciones del Rastro, que se supone primo segundo del marqués de Casa-Muñoz y de su hermana la viuda de Aparisi; y por fin, es preciso hacer constar que un cierto Trujillo, jesuita, reclama un lugar en nuestra enredadera, y también hay que dárselo al Ilustrísimo Obispo de Plasencia, fray Luis Moreno-Isla y Bonilla. Asimismo lleva en su árbol el nombre de Trujillo la mujer de Zalamero, subsecretario de Gobernación; pero su primer apellido es Ruiz-Ochoa, y es hija de la distinguida persona que hoy está al frente de la banca de Moreno.

Barbarita no se trataba con todos los individuos que aparecen en esta complicada enredadera. Á muchos les esquivaba por hallarse demasiado altos; á otros apenas les distinguía por hallarse muy bajos. Sus amistades verdaderas, como los parentescos reconocidos, no eran en gran número, aunque sí abarcaban un círculo muy extenso, en el cual se entremezclaban todas las jerarquías. En un mismo día, al salir de paseo ó de compras, cambiaba saludos más ó menos afectuosos con la de Ruiz Ochoa, con la generala Minio, con Adela Trujillo, con un Villuendas rico, con un Villuendas pobre, con el pescadero pariente de Samaniego, con la duquesa de Gravelinas, con un Moreno Vallejo, magistrado; con un Moreno Rubio, médico; con un Moreno Jáuregui, sombrerero; con un Aparisi, canónigo; con varios horteras; con tan di-

versa gente, en fin, que otra persona de menos tino habría trocado los nombres y tratamientos.

La mente más segura no es capaz de seguir en su laberíntico enredo las direcciones de los vástagos de este colosal árbol de linajes matritenses. Los hilos se cruzan, se pierden y reaparecen donde menos se piensa. Al cabo de mil vueltas para arriba y otras tantas para abajo, se juntan, se separan, y de su empalme ó bifurcación salen nuevos enlaces, madejas y marañas nuevas. Cómo se tocan los extremos del inmenso ramaje es curioso de ver; por ejemplo, cuando Pepito Trastamara, que lleva el nombre de los bastardos de D. Alfonso XI, va á pedir dinero á Cándido Samaniego, prestamista usurero, individuo de la *Sociedad protectora de señoritos necesitados*.

### III

Los de Santa Cruz vivían en su casa propia de la calle de Pontejos, dando frente á la plazuela del mismo nombre; finca comprada al difunto Aparisi, uno de los socios de la Compañía de Filipinas. Ocupaban los dueños el principal, que era inmenso, con doce balcones á la calle y mucha comodidad interior. No lo cambiara Barbarita por ninguno de los modernos hoteles, donde todo se vuelve escaleras y están además abiertos á los cuatro vientos. Allí tenía número



sobrado de habitaciones; todas en un solo andar desde el salón á la cocina. Ni trocara tampoco su barrio, aquel *riñón de Madrid* en que había nacido, por ninguno de los caseríos flamantes que gozan fama de más ventilados y alegres. Por más que dijeran, el barrio de Salamanca es *campo...* Tan apegada era la buena señora al terruño de su arrabal nativo, que para ella no vivía en Madrid quien no oyera por las mañanas el ruido cóncavo de las cubas de los aguadores en la fuente de Pontejos; quien no sintiera por mañana y tarde la batahola que arman los coches correos; quien no recibiera á todas horas el hálito tenderil de la calle de Postas, y no escuchara por Navidad los zambombazos y panderetazos de la plazuela de Santa Cruz; quien no oyera las campanadas del reloj de la Casa de Correos tan claras como si estuvieran dentro de la casa; quien no viera pasar á los cobradores del Banco cargados de dinero y á los carteros salir en procesión. Barbarita se había acostumbrado á los ruidos de la vecindad, cual si fueran amigos, y no podía vivir sin ellos.

La casa era tan grande, que los dos matrimonios vivían en ella holgadamente y les sobraba espacio. Tenían un salón algo anticuado, con tres balcones. Seguía por la izquierda el gabinete de Barbarita, luego otro aposento, después la alcoba. A la derecha del salón estaba el despacho de Juanito, así llamado no porque éste

tuviese nada que despachar allí, sino porque había mesa con tintero y dos hermosas librerías. Era una habitación muy bien puesta y cómoda. El gabinetito de Jacinta, inmediato á esta pieza, era la estancia más bonita y elegante de la casa y la única tapizada con tela; todas las demás lo estaban con colgadura de papel, de un arte dudoso, dominando los grises y tórtola con oro. Veíanse en esta pieza algunas acuarelas muy lindas compradas por Juanito, y dos ó tres óleos ligeros, todo selecto y de regulares firmas, porque Santa Cruz tenía buen gusto dentro del gusto vigente. Los muebles eran de raso ó de felpá y seda combinadas con arreglo á la moda, siendo de notar que lo que allí se veía no chocaba por original ni tampoco por rutinario. Seguía luego la alcoba del matrimonio joven, la cual se distinguía principalmente de la paterna en que en ésta había lecho común y los jóvenes los tenían separados. Sus dos camas de palosanto eran muy elegantes, con pabellones de seda azul. La de los padres parecía un andamiaje de caoba con cabecera de morrión y columnas como las de un sagrario de Jueves Santo. La alcoba de *los pollos* se comunicaba con habitaciones de servicio, y le seguían dos grandes piezas que Jacinta destinaba á los niños... cuando Dios se los diera. Hallábanse amuebladas con lo que iba sobrando de los aposentos que se ponían de nuevo, y su aspecto era por demás he-



terogéneo. Pero el arreglo definitivo de estas habitaciones vacantes existía completo en la imaginación de Jacinta, quien ya tenía previstos hasta los últimos detalles de todo lo que se había de poner allí cuando el caso llegara.

El comedor era interior, con tres ventanas al patio, su gran mesa y aparadores de nogal llenos de finísima loza de China, la consabida sillaría de cuero claveteado, y en las paredes papel imitando roble, listones claveteados también, y los bodegones al óleo, no malos, con la invariable raja de sandía, el conejo muerto y unas ruedas de merluza, que de tan bien pintadas parecía que olían mal. Asimismo era interior el despacho de D. Baldomero.

Estaban abonados los de Santa Cruz á un landó. Se les veía en los paseos; pero su tren era de los que *no llaman la atención*. Juan solía tener por temporadas un faetón ó un tilburi, que guiaba muy bien, y también tenía caballo de silla; mas le picaba tanto la comezón de la variedad, que á poco de montar un caballo ya empezaba á encontrarle defectos y quería venderlo para comprar otro. Los dos matrimonios se daban buena vida; pero sin presumir, huyendo siempre de señalarse y de que los periódicos les llamaran *anfitriones*. Comían bien; en su casa había muy poca etiqueta y cierto patriarcalismo, porque á veces se sentaban á la mesa personas de clase humilde y otras muy decentes

que habían venido á menos. No tenían cocinero de estos de gorro blanco, sino una cocinera antigua muy bien amañada, que podía medir sus talentos con cualquier *jefe*; y la ayudaban dos *pinchas*, que más bien eran alumnas.

Todos los primeros de mes recibía Barbarita de su esposo mil dures. D. Baldomero disfrutaba una renta de veinticinco mil pesos, parte de alquileres de sus casas, parte de acciones del Banco de España y lo demás de la participación que conservaba en su antiguo almacén. Daba además á su hijo dos mil duros cada semestre para sus gastos particulares, y en diferentes ocasiones le ofreció un pequeño capital para que emprendiera negocios por sí; pero al chico le iba bien con su dorada indolencia y no quería quebraderos de cabeza. El resto de su renta lo capitalizaba D. Baldomero, bien adquiriendo más acciones cada año, bien amasando para hacerse con una casa más. De aquellos mil duros que la señora cogía cada mes, daba al Delfín dos ó tres mil reales, que con esto y lo que del papá recibía estaba como en la gloria; y los diez y siete mil reales restantes eran para el gasto diario de la casa y para los de ambas damas, que allá se las arreglaban muy bien en la distribución, sin que jamás hubiese entre ellas el más ligero pique por un duro de más ó de menos. Del gobierno doméstico cuidaban las dos, pero más particularmente la suegra, que



mostraba ciertas tendencias al despotismo ilustrado. La nuera tenía el delicado talento de respetar esto, y cuando veía que alguna disposición suya era derogada por la autócrata, mostrábase conforme. Barbarita era administradora general de puertas adentro, y su marido mismo, después que religiosamente le entregaba el dinero, no tenía que pensar en nada de la casa, como no fuese en los viajes de verano. La señora lo pagaba todo, desde el alquiler del coche á la peseta de *El Imparcial*, sin que necesitara llevar cuentas para tan complicada distribución, ni apuntar cifra alguna. Era tan admirable su tino aritmético, que ni una sola vez pasó más allá de la indecisa raya que tan fácilmente traspasan los ricos; llegaba el fin de mes y siempre había un *superávit* con el cual ayudaba á ciertas empresas caritativas de que se hablará más adelante. Jacinta gastaba siempre mucho menos de lo que su suegra le daba para menudencias; no era aficionada á estrenar á menudo, ni á enriquecer á las modistas. Los hábitos de economía adquiridos en su niñez estaban tan arraigados, que, aunque nunca le faltó dinero, traía á casa una costurera para hacer trabajillos de ropa y arreglos de trajes que otras señoras menos ricas suelen encargar fuera. Y por dicha suya, no tenía que calentarse la cabeza para discurrir el empleo de sus sobrantes, pues allí estaba su hermana Candelaria, que era pobre y

se iba cargando de familia. Sus hermanitas solteras también recibían de ella frecuentes dádivas; ya los sombreritos de moda, ya el *fichú* ó la manteleta, y hasta vestidos completos acabados de venir de París.

El abono que tomaron en el Real á un turno de palco principal fué idea de D. Baldomero, quien no tenía malditas ganas de oír óperas, pero quería que Barbarita fuera á ellas para que le contase, al acostarse ó después de acostados, todo lo que había visto en el *Regio coliseo*. Resultó que á Barbarita no la llamaba mucho el Real; mas aceptó con gozo para que fuera Jacinta. Esta, á su vez, no tenía verdaderamente muchas ganas de teatro; pero alegróse mucho de poder llevar al Real á sus hermanitas solteras, porque las pobrecillas, si no fuera así, no lo catarían nunca. Juan, que era muy aficionado á la música, estaba abonado á diario, con seis amigos, á un palco alto de proscenio.

Las de Santa Cruz no llamaban la atención en el teatro, y si alguna mirada caía sobre el palco era para las pollas colocadas en primer término con simetría de escaparate. Barbarita solía ponerse en primera fila para echar los gemelos en redondo y poder contarle á Baldomero algo más que cosas de decoraciones y del argumento de la ópera. Las dos hermanas casadas, Candelaria y Benigna, iban alguna vez, Jacinta casi siempre; pero se divertía muy poco. Aque-



lla mujer mimada por Dios, que la puso rodeada de ternura y bienandanzas en el lugar más sano, hermoso y tranquilo de este valle de lágrimas, solía decir en tono quejumbroso que *no tenía gusto para nada*. La envidiada de todos, envidiaba á cualquier mujer pobre y descalza que pasase por la calle con un mamón en brazos liado en trapos. Se le iban los ojos tras de la infancia en cualquier forma que se le presentara, ya fuesen los niños ricos, vestidos de marineros y conducidos por la institutriz inglesa, ya los mocosos pobres, envueltos en bayeta amarilla, sucios, con caspa en la cabeza y en la mano un pedazo de pan lamido. No aspiraba ella á tener uno solo, sino que quería verse rodeada de una *serie*, desde el pillín de cinco años, hablador y travieso, hasta el rorro de meses que no hace más que reir como un bobo, tragar leche y apretar los puños. Su desconsuelo se manifestaba á cada instante, ya cuando encontraba una bandada que iba al colegio, con sus pizarras al hombro y el lio de libros llenos de mugre, ya cuando le salía al paso algún precoz mendigo cubierto de andrajos, mostrando para excitar la compasión sus carnes sin abrigo y los pies descalzos, llenos de sabañones. Pues como viera los alumnos de la Escuela Pía, con su uniforme galonado y sus guantes, tan limpios y bien puestos que parecían caballeros chiquitos, se los comía con los ojos. Las niñas vestidas de rosa ó ce-

leste que juegan á la rueda en el Prado y que parecen flores vivas que se han caído de los árboles; las pobrecitas que envuelven su cabeza en una toquilla agujereada; los que hacen sus primeros pinitos en la puerta de una tienda agarrándose á la pared; los que chupan el seno de sus madres mirando por el rabo del ojo á la persona que se acerca á curiosear; los pilletes que enredan en las calles ó en el solar vacío arrojándose piedras y rompiéndose la ropa para desesperación de las madres; las nenas que en Carnaval se visten de chulas y se contonean con la mano clavada en la cintura; las que piden para la Cruz de Mayo; los talluditos que usan ya bastón y ganan premios en los colegios, y los que en las funciones de teatro por la tarde sueltan el grito en la escena más interesante, distrayendo á los actores y enfureciendo al público... todos, en una palabra, le interesaban igualmente.

## IV

Y de tal modo se iba enseñoreando de su alma el afán de la maternidad, que pronto empezó á embotarse en ella la facultad de apreciar las ventajas que disfrutaba. Estas llegaron á ser para ella invisibles, como lo es para todos los seres el fundamental medio de nuestra vida, la atmósfera. ¿Pero qué hacía Dios que no manda-



ba uno siquiera de los chiquillos que en número infinito tiene por allá? ¿En qué estaba pensando su Divina Majestad? Y Candelaria, que apenas tenía con qué vivir, ¡uno cada año!... Y que vinieran diciendo que hay equidad en el cielo... Sí; no está mala justicia la de arriba... sí... ya lo estamos viendo... De tanto pensar en esto, parecía en ocasiones monomaniaca, y tenía que apelar á su buen juicio para no dar á conocer el desatino de su espíritu, que casi casi iba tocando en la ridiculez. ¡Y le ocurrían cosas tan raras...! Su pena tenía las intermitencias más extrañas, y después de largos períodos de sosiego se presentaba impetuosa y aguda, como un mal crónico que está siempre en acecho para acometer cuando menos se le espera. A veces, una palabra insignificante que en la calle ó en su casa oyera, ó la vista de cualquier objeto, le encendían de súbito en la mente la llama de aquel tema, produciéndole opresiones en el pecho y un sobresalto inexplicable.

Se distraía cuidando y mimando á los niños de sus hermanas, á los cuales quería entrañablemente; pero siempre había entre ella y sus sobrinitos una distancia que no podía llenar. No eran suyos, no los había *tenido* ella, no se los sentía unidos á sí por un hilo misterioso. Los verdaderamente unidos no existían más que en su pensamiento, y tenía que encender y avivar éste como una fragua para forjarse las alegrías

verdaderas de la maternidad. Una noche salió de la casa de Candelaria para volverse á la suya poco antes de la hora de comer. Ella y su hermana se habían puesto de puntas por una tontería, porque Jacinta mimaba demasiado á Pepito, nene de tres años, el primogénito de Samaniego. Le compraba juguetes caros, le ponía en la mano, para que las rompiera, las figuras de china de la sala y le permitía comer mil golosinas. «¡Ah! si fueras madre de verdad no harías esto...»—«Pues si no lo soy, mejor... ¿A ti qué te importa?»—«A mí nada. Dispensa, hija, ¡qué genio!»—«Si no me enfado...»—«¡Vaya, que estás mimadita!»

Estas y otras tonterías no tenían consecuencias, y al cuarto de hora se echaban á reír, y en paz. Pero aquella noche, al retirarse, sentía la Delfina ganas de llorar. Nunca se había mostrado en su alma de un modo tan imperioso el deseo de tener hijos. Su hermana la había humillado; su hermana se enfadaba de que quisiera tanto al sobrinito. ¿Y aquello qué era sino celos?... Pues cuando ella tuviera un chico, no permitiría á nadie ni siquiera mirarle... Recorrió el espacio desde la calle de las Hileras á la de Pontejos extraordinariamente excitada, sin ver á nadie. Llovía un poco y ni siquiera se acordó de abrir su paraguas. El gas de los escaparates estaba ya encendido, pero Jacinta, que acostumbraba pararse á ver las novedades, no



se detuvo en ninguna parte. Al llegar á la esquina de la plazuela de Pontejos, y cuando iba á atravesar la calle para entrar en el portal de su casa, que estaba enfrente, oyó algo que la detuvo. Corrióle un frío cortante por todo el cuerpo; quedóse parada, el oído atento á un rumor que al parecer venía del suelo, de entre las mismas piedras de la calle. Era un gemido, una voz de la naturaleza animal pidiendo auxilio y defensa contra el abandono y la muerte. Y el lamento era tan penetrante, tan afilado y agudo, que más que voz de un ser viviente parecía el sonido de la prima de un violín herida tenuemente en lo más alto de la escala. Sonaba de esta manera: *miiii*... Jacinta miraba al suelo; porque sin duda el quejido aquel venía de lo profundo de la tierra. En sus desconsoladas entrañas lo sentía ella penetrar, traspasándole como una aguja el corazón. Busca por aquí, busca por allá, vió al fin junto á la acera, por la parte de la plaza, una de esas hendiduras practicadas en el encintado, que se llaman *absorbederos* en el lenguaje municipal, y que sirven para dar entrada en la alcantarilla al agua de las calles. De allí, sí; de allí venían aquellos lamentos que trastornaban el alma de la Delfina, produciéndole un dolor, una efusión de piedad que á nada pueden compararse. Todo lo que en ella existía de presunción materna, toda la ternura que los éxtasis de madre soñadora habían

ido acumulando en su alma, se hicieron fuerza activa para responder al *miiii* subterráneo con otro *miiii* dicho á su manera.

—¿A quién pediría socorro? ¡Deo gracias!—gritó llamando al portero. Felizmente, el portero estaba en la esquina de la calle de la Paz hablando con un conductor del coche-correo, y al punto oyó la voz de su señorita. En cuatro trancos se puso á su lado.

—Deo gracias... eso... que ahí suena... mira á ver...—dijo la señorita temblando y pálida.

El portero prestó atención; después se puso de cuatro pies, mirando á su ama con semblante de marrullería y jovialidad.

—Pues... esto... ¡Ah! son unos gatitos que han tirado á la alcantarilla.

—¡Gatitos!... ¿estás seguro... pero estás seguro de que son gatitos?

—¡Si, señorita; y deben ser de la gata de la librería de ahí enfrente, que parió anoche y no los puede criar todos!...

Jacinta se inclinó para oír mejor. El *miiii* sonaba ya tan profundo que apenas se percibía. —¡Sácalos!—dijo la dama con voz de autoridad indiscutible.

Deo gracias se volvió á poner en cuatro pies, se arremangó el brazo y lo metió por aquel hueco. Jacinta no podía advertir en su rostro la expresión de incredulidad, casi de burla. Llovía más, y por el absorbedero empezaba á en-



trar agua, chorreando dentro con un ruido de freidera que apenas permitía ya oír el ahilado *miiii*. No obstante, la Delfina lo oía siempre bien claro. El portero volvió hacia arriba, como quien invoca al Cielo, su cara estúpida, y dijo sonriendo:

—Señorita, no se puede. Están muy hondos... pero muy hondos.

—¿Y no se puede levantar esta baldosa?—indicó ella, pisando fuerte en ella.

—¿Esta baldosa?—repitió Deogracias, poniéndose de pie y mirando á su ama como se mira á la persona de cuya razón se duda.—Por poderse... avisando al Ayuntamiento... El teniente alcalde Sr. Aparisi es vecino de casa... Pero...

Ambos aguzaban su oído.

—Ya no se oye nada—observó Deogracias, poniéndose más estúpido.—Se han ahogado...

No sabía el muy bruto la puñalada que daba á su ama con estas palabras. Jacinta, sin embargo, creía oír el gemido en lo profundo. Pero aquello no podía continuar. Empezó á ver la inmensa desproporción que había entre la grandeza de su piedad y la pequeñez del objeto á que la consagraba. Arreció la lluvia, y el absorbedero deglutaba ya una onda gruesa que hacía gargarismos y bascas al chocar con las paredes de aquel gaznate... Jacinta echó á correr hacia la casa y subió. Los nervios se le pusieron tan alborotados y el corazón tan oprimido, que

sus suegros y su marido la creyeron enferma; y sufrió toda la noche la molestia indecible de oír constantemente el *miiii* del absorbedero. En verdad que aquello era una tontería, quizás desorden nervioso; pero no lo podía remediar. ¡Ah! Si su suegra sabía por Deogracias lo ocurrido en la calle, ¡cuánto se había de burlar! Jacinta se avergonzaba de antemano, poniéndose colorada, sólo de considerar que entraba Barbarita diciéndole con su maleante estilo: «Pero hija, ¿conque es cierto que mandaste á Deogracias meterse en las alcantarillas para salvar unos niños abandonados?...»

Sólo á su marido, *bajo palabra de secreto*, contó el lance de los gatitos. Jacinta no podía ocultarle nada, y tenía un gusto particular en hacerle confianza hasta de las más vanas tonterías que por su cabeza pasaban referentes á aquel tema de la maternidad. Y Juan, que tenía talento, era indulgente con estos desvarios del cariño vacante ó de la maternidad sin hijo. Aventurábase ella á contarle cuanto le pasaba, y muchas cosas que á la luz del día no osara decir, decíalas en la intimidad y soledad conyugales; porque allí venían como de molde; porque allí se decían sin esfuerzo cual si se dijeran por sí solas; porque, en fin, los comentarios sobre la sucesión tenían como una base en la renovación de las probabilidades de ella.



## V

Hacía mal Barbarita, pero muy mal, en burlarse de la manía de su hija. ¡Como si ella no tuviera también su manía, y buena! Por cierto que llevaba á Jacinta la gran ventaja de poder satisfacerse y dar realidad á su pensamiento. Era una viciosa que se hartaba de los goces ansiados, mientras que la nuera padecía horriblemente por no poseer nunca lo que anhelaba. La satisfacción del deseo *chiflaba* á la una tanto como á la otra la privación del mismo.

Barbarita tenía la *chifladura* de las compras. Cultivaba el arte por el arte, es decir, la compra por la compra. Adquiría por el simple placer de adquirir, y para ella no había mayor gusto que hacer una excursión de tiendas y entrar luego en la casa cargada de cosas que, aunque no estaban demás, no eran de una necesidad absoluta. Pero no se salía nunca del límite que le marcaban sus medios de fortuna, y en esto precisamente estaba su magistral arte de marchante rica.

El vicio aquel tenía sus depravaciones, porque la señora de Santa Cruz no sólo iba á las tiendas de lujo, sino á los mercados, y recorría de punta á punta los cajones de la plazuela de San Miguel, las pollerías de la calle de la Caza

y los puestos de la ternera fina en la costanilla de Santiago. Era tan conocida *doña Barbarita* en aquella zona, que las plaseras se la disputaban y armaban entre sí grandes ciscos por la preferencia de una tan ilustre parroquiana.

Lo mismo en los mercados que en las tiendas tenía un auxiliar inestimable, un ojeador que tomaba aquellas cosas cual si en ello le fuera la salvación del alma. Éste era Plácido Estupiñá. Como vivía en la Cava de San Miguel, desde que se levantaba, á la primera luz del día, echaba una mirada de águila sobre los cajones de la plaza. Bajaba cuando todavía estaba la gente tomando la mañana en las tabernas y en los cafés ambulantes, y daba un vistazo á los puestos, enterándose del cariz del mercado y de las cotizaciones. Después, bien embozado en la pañosa, se iba á San Ginés, adonde llegaba algunas veces antes de que el sacristán abriera la puerta. Echaba un párrafo con las beatas que le habían cogido la delantera, algunas de las cuales llevaba su chocolatera y cocinilla, y hacía su desayuno en el mismo pórtico de la iglesia. Abierta ésta, se metían todos dentro con tanta prisa como si fueran á coger puesto en una función de gran lleno, y empezaban las misas. Hasta la tercera ó la cuarta no llegaba Barbarita, y en cuanto la veía entrar, Estupiñá se corría despacito hasta ella, deslizándose de banco en banco como una sombra, y se le ponía al lado. La señora re-



zaba en voz baja moviendo los labios. Plácido tenía que decirle muchas cosas, y entrecortaba su rezo para ir las desembuchando.

«Va á salir la de D. Germán en la capilla de los Dolores... Hoy reciben congrio en la casa de Martínez; me han enseñado los despachos de Laredo... llena eres de gracia; el Señor es contigo... coliflor no hay, porque no han venido los arrieros de Villaviciosa por estar perdidos los caminos... ¡Con estas malditas aguas...! y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús...»

Pasaba tiempo á veces sin que ninguno de los dos chistara, ella á un extremo del banco, él á cierta distancia, detrás, ora de rodillas, ora sentados. Estupiñá se aburría algunas veces por más que no lo declarase, y le gustaba que alguna beata rezagada ó beato sobón le preguntara por la misa: «¿Se alcanza ésta?» Estupiñá respondía que sí ó que no de la manera más cortés, añadiendo siempre en el caso negativo algo que consolara al interrogador: «Pero esté usted tranquilo; va á salir en seguida la del padre Quesada, que es una pólvora...» Lo que él quería era ver si saltaba conversación.

Después de un gran rato de silencio, consagrado á las devociones, Barbarita se volvía á él diciéndole con altanería impropia de aquel santolugar:

—Vaya, que tu amigo el Sordo nos la ha jugado buena.

—¿Por qué, señora?

—Porque te dije que le encargaras medio solomillo, y ¿sabes lo que me mandó? un pedazo enorme de contrafalda ó babilla y un trozo de espaldilla, lleno de piltrafas y tendones... Vaya un modo de portarse con los parroquianos. Nunca más se le compra nada. La culpa la tienes tú... Ahí tienes lo que son tus *protegidos*...

Dicho esto, Barbarita seguía rezando y Plácido se ponía á echar pestes mentalmente contra el Sordo, un tablero á quien él... No le protegía; era que *le había recomendado*. Pero ya se las cantaría él muy claras al tal Sordo. Otras familias á quienes le recomendara, quejéronse de que les había dado *tapa del cencerro*, es decir, pescuezo, que es la carne peor, en vez de tapa verdadera. En estos tiempos tan desmoralizados no se puede recomendar á nadie. Otras mañanas iba con esta monserga: «¡Cómo está hoy el mercado de caza! ¡Qué perdices, señora! Divinidades, verdaderas divinidades.»

—No más perdiz. Hoy hemos de ver si Pantal León tiene buenos cabritos. También quisiera una buena lengua de vaca, *cargada*, y ver si hay ternera fina.

—La hay tan fina, señora, que parece *talmente* merluza.

—Bueno; pues que me manden un buen solomillo y chuletas riñonadas. Ya sabes; no vayas



á descolgarte con las agujas cortas del otro día. Conmigo no se juega.

—Descuide usted... ¿Tiene la señora convidados mañana?

—Sí; y de pescados ¿qué hay?

—He *apalabrado* el salmón por si viene mañana... Lo que tenemos hoy es peste de langosta.

Y concluidas las misas, se iban por la calle Mayor adelante en busca de emociones puras, inocentes, logradas con la oficiosidad amable del uno y el dinero copioso de la otra. No siempre se ocupaban de cosas de comer. Repetidas veces llevó Estupiñá cuentos como este:

—Señora, señora, no deje de ver las cretonas que han recibido los *chicos* de Sobrino... ¡Qué divinidad!

Barbarita interrumpía un *Padre nuestro* para decir, todavía con la expresión de la religiosidad en el rostro: «¿Rameaditas?, sí, y con golpes de oro. Eso es lo que se estila ahora.»

Y en el pórtico, donde ya estaba Plácido esperándola, decía: «Vamos á casa de los *chicos* de Sobrino.»

Los cuales enseñaban á Barbarita, á más de las cretonas, unos satenes de algodón floreados, que eran la gran novedad del día; y á la viciosa le faltaba tiempo para comprarle un vestido á su nuera, quien solía pasarlo á alguna de sus hermanas.

Otra embajada:

—Señora, señora, esta ya no se alcanza; pero pronto va á salir la del sobrino del señor cura, que es otro padre Fuguilla por lo pronto que la despacha. Ya recibió Plá los quesitos aquellos... no recuerdo cómo se llaman.

—Ahora y en la hora de nuestra muerte... sí, ya... ¡Si son como las rosquillas inglesas que me hiciste comprar el otro día y que oían á viejo...! Parecían de la boda de San Isidro.

A pesar de este regaño, al salir iban á casa de Plá con ánimo de no comprar más que dos libras de pasas de Corinto para hacer un pastel inglés, y la señora se iba enredando, enredando, hasta dejarse en la tienda obra de ochocientos ó novecientos reales. Mientras Estupiñá admiraba, de mostrador adentro, las grandes novedades de aquel Museo universal de comestibles, dando su opinión pericial sobre todo, probando, ya una galleta de almendra y coco, que parecía *talmente* mazapán de Toledo, ya apreciando por el olor la superioridad del te ó de las especias, la dama se tomaba por su cuenta á uno de los dependientes, que era un Samaniego, y... adiós mi dinero. A cada instante decía Barbarita que no más, y tras de la colección de purés para sopas, iban las *perlas del Nizán*, el *gluten de la estrella*, las salsas inglesas, el *caldo de carne de tortuga de mar*, la docena de botellas de Saint-Emilion, que tanto le gustaba á Juanito, el bote de *champignons extra*, que agrada-



ban á D. Baldomero, la lata de anchoas, las trufas y otras menudencias. Del portamonedas de Barbarita, siempre bien provisto, salía el importe, y como hubiera un pico en la suma, tomábase la libertad de suprimirlo *por pronto pago*.

—Ea, chicos, que lo mandéis todo al momento *á casa*—decía con despotismo Estupiñá al despedirse, señalando las compras.

—Vaya, quedaos con Dios—decía doña Bárbara, levantándose de la silla á punto que aparecía el principal por la puerta de la trastienda y saludaba con mil afectos á su parroquiana, quitándose la gorra de seda.

—Vamos pasando, hijo... ¡Ay, qué *ladronicio* el de esta casa!... No vuelvo á entrar más aquí... Abur, abur.

—*Hasta mañana*, señora. A los pies de usted... Tantas cosas á D. Baldomero... Plácido, Dios le guarde.

—Maestro... que haya salud.

Ciertos artículos se compraban siempre al por mayor, y si era posible de primera mano. Barbarita tenía en la medula de los huesos la fibra de comerciante, y se pirraba por sacar el género *arreglado*. Pero, ¡cuán distantes de la realidad habrían quedado estos intentos sin la ayuda del espejo de los corredores, Estupiñá el Grande! ¡Lo que aquel santo hombre andaba para encontrar huevos frescos en gran cantidad...! Todos los polleros de la Cava le traían en

palmitas, y él se daba no poca importancia, diciéndoles: «O tenemos formalidad ó no tenemos formalidad. Examinemos el artículo, y después se discutirá... calma, hombre, calma.» Y allí era el mirar huevo por huevo al trasluz, el sopesarlos y el hacer mil comentarios sobre su probable antigüedad. Como alguno de aquellos tíos le engañase, ya podía encomendarse á Dios, porque llegaba Estupiñá como una fiera amenazándole con el teniente alcalde, con la inspección municipal y hasta con la horca.

Para el vino, Plácido se entendía con los vinatoros de la Cava Baja, que van á hacer sus compras á Arganda, Tarancón ó á la Sagra, y se ponía de acuerdo con un medidor para que le tomase una partida de tantos ó cuantos cascós, y la remitiese por conducto de un carromatero ya conocido. Ello había de ser género de confianza, *talmente* moro. El chocolate era una de las cosas en que más actividad y celo desplegaba Plácido, porque en cuanto Barbarita le daba órdenes ya no vivía el hombre. Compraba el cacao superior, el azúcar y la canela en casa de Gallo, y lo llevaba todo á hombros de un mozo, sin perderlo de vista, á la casa del que hacía las tareas. Los de Santa Cruz no transigían con los chocolates industriales, y el que tomaban había de ser hecho á brazo. Mientras el chocolatero trabajaba, Estupiñá se convertía en mosca, quiero decir que estaba todo el día dando vueltas



alrededor de la tarea para ver si se hacía *á toda conciencia*, porque en estas cosas hay que andar con mucho ojo.

Había días de compras grandes y otros de menudencias; pero días sin comprar no los hubo nunca. A falta de cosa mayor, la viciosa no entraba nunca en su casa sin el par de guantes, el imperdible, los polvos para limpiar metales, el paquete de horquillas ó cualquier chuchería de los bazares de *todo á real*. A su hijo le llevaba regalitos sin fin, corbatas que no usaba, botonaduras que no se ponía nunca. Jacinta recibía con gozo lo que su saegra llevaba para ella, y lo iba transmitiendo á sus hermanas solteras y casadas, menos ciertas cosas cuyo traspaso no le permitían. Por la ropa blanca y por la mantelería tenía la señora de Santa Cruz verdadera pasión. De la tienda de su hermano traía piezas enteras de Holanda finísima, de batistas y madapolanes. D. Baldomero II y D. Juan I tenían ropa para un siglo.

A entrambos les surtía de cigarros la propia Barbarita. El primero fumaba puros; el segundo papel. Estupiñá se encargaba de traer estos peligrosos artículos de la casa de un truchimán que los vendía de *ocultis*, y cuando atravesaba las calles de Madrid con las cajas debajo de su capa verde, el corazón le palpitaba de gozo, considerando la trastada que le jugaba á la Hacienda pública y recordando sus hermosos tiem-

pos juveniles. Pero en los liberalescos años de 71 y 72 ya era otra cosa... La policía fiscal no se metía en muchos dibujos. El temerario contrabandista, no obstante, hubiera deseado tener un mal encuentro para probar al mundo entero que era hombre capaz de arruinar la *Renta* si se lo proponía. Barbarita examinaba las cajas y sus marcas, las regateaba, olía el tabaco, escogía lo que le parecía mejor y pagaba muy bien. Siempre tenía D. Baldomero un surtido tan variado como excelente, y el buen señor conservaba, entre ciertos hábitos tenaces del antiguo hortera, el de reservar los cigarros mejores para los domingos.